



Editorial

Un síntoma grave

En distintos países –incluido Chile– los episodios de violencia escolar ya no son hechos aislados. Hay una repetición muy preocupante y mal atendida.

El ataque ocurrido en el Instituto Silva Lezaeta de Calama no puede ser leído únicamente como un hecho policial. Es, ante todo, una señal de alerta profunda sobre el estado emocional de muchos adolescentes y sobre las fallas estructurales en los sistemas de acompañamiento que deberían contenerlos. El caso es estremecedor. Un estudiante de 18 años ingresó al establecimiento con armas blancas, gas pimienta y otros elementos, atacando a miembros de la comunidad educativa, provocando la muerte de una inspectora y dejando a varios heridos. La presencia de planificación, de una nota de burla y de un nivel de violencia inusitado no solo agrava el hecho: obliga a preguntarse qué ocurre en el mundo interior de un joven capaz de cruzar ese límite.

La adolescencia actual enfrenta presiones inéditas. A la tradicional búsqueda de identidad se suman fenómenos como la hiperexposición digital, la ansiedad por el rendimiento y la fragilidad de los vínculos socia-

**¿Cuántos
adolescentes están
hoy atravesando
situaciones
similares, sin que
nadie lo advierta?**

les. En ese escenario, muchos jóvenes viven procesos emocionales complejos sin contar con redes de apoyo efectivas. Las señales están ahí, pero muchas veces no se interpretan. Cambios de conducta, aislamiento,

irritabilidad o discursos de desesperanza suelen ser vistos como “etapas” o “problemas menores”, cuando en realidad pueden ser indicadores de un malestar más profundo.

La respuesta institucional, centrada en medidas de seguridad –como detectores de metales o controles más estrictos– puede ser necesaria, pero es insuficiente. La seguridad no puede limitarse a evitar el ingreso de armas.

Escuelas, familias y el Estado tienen aquí una responsabilidad compartida. Los establecimientos educativos deben transformarse en comunidades de cuidado. Esto implica contar con equipos psicosociales robustos, protocolos de intervención temprana y, sobre todo, una cultura que fomente la confianza, algo que está completamente en deuda.